

Prefácio

er

Al perder a João Ferreira, hemos perdido a un intelectual, a un militante, a un psiquiatra, a un docente universitario y por supuesto a un amigo.

João ha sido un intelectual en el sentido pleno de la palabra, desempeñando el rol que debe ser el de un intelectual con mucha determinación: ser curioso de las ideas, no tener miedo de las ideas nuevas, ser crítico frente a sus propias ideas, ser apasionado en la defensa de sus propias ideas, no servir a ninguna ideología o prejuicio sino ejercer la inteligencia crítica de manera infatigable.

João ha sido un militante por su capacidad de transferir sus ideas de intelectual a un movimiento de lucha y de transformación. Su militancia en el movimiento de la lucha antimanicomial y de la psiquiatría crítica ha sido siempre sin ambigüedades, una contribución a una acción colectiva que tuviese impacto en el sistema público de la salud mental. João nunca renunció a ser intelectual en su militancia, pero nunca utilizó su capacidad crítica de intelectual como excusa para debilitar la necesidad de un movimiento colectivo. Su rol en el movimiento de la lucha antimanicomial ha sido lo de mantener vivo el rol de una praxis clínica crítica.

Y, en este sentido, João ha sido un psiquiatra en el sentido que a pesar de su rol de intelectual y de militante, nunca ha renunciado a la curiosidad y a la compasión hipocrática frente a los pacientes. João nunca ha negado el rol de usuario a los usuarios, pero nunca ha renunciado a la dimensión individual de sufrimiento que cada paciente conlleva cuando acepta ser tratado por un profesional de la salud. Muchos de los intereses de João por la clínica psicoanalítica tienen que hacer con esta dimensión nunca olvidada de ser psiquiatra y de tener una responsabilidad terapéutica frente a los pacientes.

João ha sido también un profesor de la universidad en el sentido de haber tomado en serio la función docente y en general la función de la universidad. João nunca ha considerado la universidad como un espacio en que simplemente podía ejercer su rol de intelectual, o de militante, o de psiquiatra, por-

que además de todo esto, él siempre ha atribuido una importancia grande a la función que las universidades deben tener en promover ideas, investigación, creación de clase dirigente, desarrollo para el país, excelencia cultural. Una vez, yo le comentaba que en Italia se había venido perdiendo toda el énfasis ritual que acompaña usualmente a la vida académica, que ya esto había pasado de moda y que la universidad no era más tan formal. El me contestó que le molestaba mucho que nosotros los europeos decidiéramos siempre cuándo era el momento para hacer y deshacer ideas e instituciones; que nosotros habíamos inventando el manicomio y que ahora recomendábamos deshacerlo y que quizás ahora había llegado el tiempo de deshacer la dignidad de las universidades y de la vida académica. João me dijo que no, que él no iba a aceptar este colonialismo arrogante de nosotros los europeos, y que Brasil necesitaba que las universidades tuviesen dignidad y nobleza, porque esto era una manera entre otras para que el país pudiese crecer, y con él la democracia.

En fin, João ha sido un amigo, un amigo intelectual que ha llevado inteligencia en los debates de ideas, un amigo militante que ha llevado pasión en las luchas del movimiento de la psiquiatría crítica, de la psiquiatría antiinstitucional y de lucha antimanicomial, un amigo psiquiatra que, creo yo, ha sabido ayudar a personas que sufrían y a colegas jóvenes que querían aprender, y un amigo profesor universitario que ha sabido mantener con muchos académicos brasileños, latinoamericanos y europeos relaciones de amistad y de colaboración.

João Ferreira ha sido muchas cosas, todas las ha hecho con pasión, a veces con una violencia verbal que molestaba o que hacía sufrir, pero nunca en esta vehemencia había nada de violento ni de personal, sino que sólo era su manera de expresar la autenticidad de su pensamiento y de sus palabras. Así como él podía ser vehemente y apasionadamente hostil, de pronto podía volver a ser íntimo, afectuoso y amistoso. Me interrumpió una vez durante un curso que yo daba en la Universidade Federal do Río de Janeiro, para decirme que había llegado un fax que decía que mi padre se estaba muriendo. Desde ese momento hasta cuando yo subí al avión para volver rápido a mi país, él fue dulce, amistoso, apoyándose sin muchas palabras, pero con mucha fuerza.

No hay mucha gente que sea tan impetuosa y tan enamorada de la vida y de sus múltiples regalos, amores, amistades, tertulias, 'caipirinhas', pero siempre con respecto para todos y todas, siempre con alegría, siempre con ironía y, creo también, siempre con algo que él nunca expresaba en forma visible, y que yo llamaría la dimensión poética de su existencia, así como su mirada poética sobre la existencia de todos nosotros.

Benedetto Saraceno